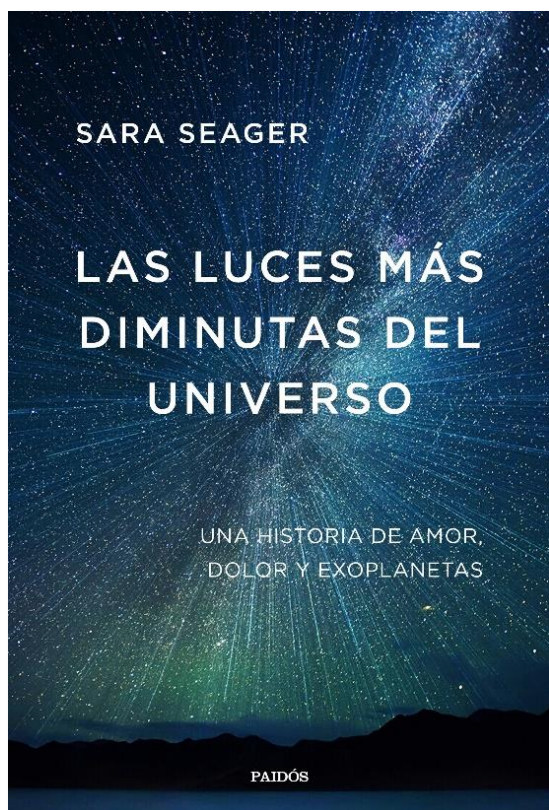


LAS LUCES MÁS DIMINUTAS DEL UNIVERSO

UNA HISTORIA DE AMOR, DOLOR Y EXOPLANETAS

SARA SEAGER



Sara Seager desvela la historia de cómo una tragedia personal la empujó a reinventarse, al tiempo que seguía su incansable búsqueda intergaláctica.

Sara Seager siempre ha sido una enamorada de las estrellas: tantas luces en el cielo, tantas posibilidades. Hoy es una de las científicas más prominentes del mundo y dedica su vida a la búsqueda de exoplanetas, en especial de mundos distantes y esquivos que alberguen vida. Pero con la muerte inesperada de su esposo, el propósito de su propia vida se tornó confuso. De repente, a los cuarenta años, se encontró viuda y madre de dos niños pequeños. Por primera vez, se sintió sola en el universo.

Mientras luchaba por continuar su vida tras la pérdida, Seager se consoló con la belleza alienígena de los exoplanetas y los desafíos técnicos de la exploración. Al mismo tiempo, descubrió maravillosas conexiones en la Tierra cuando tanto gente desconocida como seres queridos se acercaron a ella a través del espacio de su dolor. Lo más inesperado de todo es que descubrió otro tipo de conexión, de esas que hay una entre mil millones, y no en las estrellas, sino cerca de su casa.

Profundo y honesto, *Las luces más diminutas del universo* es una luz en la oscuridad.

«Puede que nos cueste imaginar un planeta en el que llueve metal líquido en la oscuridad, pero los planetas interestelares no son ciencia ficción. No los hemos imaginado ni los hemos soñado. Los astrofísicos como yo los hemos encontrado. Son lugares reales que existen en nuestros mapas celestiales».

p. 15

SARA SEAGER

Es astrofísica y profesora de Física y Ciencia Planetaria en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Su investigación, que la llevó a ganar una beca «a la genialidad» de la MacArthur Foundation en 2013, ha aportado muchas ideas fundacionales al campo de los exoplanetas. Ha dirigido el equipo de estudio «Probe» de la NASA para el proyecto Starshade. Ahora se centra en la búsqueda de los primeros exoplanetas comparables a la Tierra y en indicios de vida en ellos. Vive con su familia en Concord, Massachusetts.

SUMARIO

Nota de la autora

Las luces más diminutas del universo

1. Ha nacido una observadora de estrellas
2. Un cambio de trayectoria
3. Dos lunas
4. En tránsito
5. Llegadas y salidas
6. La ley de la gravedad
7. Problemas estadísticos
8. La muerte de una estrella
9. Un mes de viuda
10. Una oscuridad insoportable
11. Vivir en la Tierra
12. Las viudas de Concord
13. Estrellas y perlas
14. Chispas
15. Rocas en el agua
16. El Starshade
17. Encuentros casuales
18. Claridad
19. Un rayo de genialidad
20. El último informe
21. La búsqueda continua

Agradecimientos

EXTRACTO DEL LIBRO

«No todos los planetas tienen estrellas. Algunos no forman parte del sistema solar. Están solos, y los llamamos planetas interestelares.

Al no estar vinculados a ninguna estrella, estos planetas no están anclados en el espacio. No orbitan, sino que deambulan, flotando en la corriente de un océano infinito. Carecen también de la luz y del calor que emiten las estrellas. Sabemos de un planeta interestelar, el PSO J318.5-22 —ahora mismo, está ahí arriba, en la inmensidad—, que da tumbos por la galaxia como un barco sin timón, envuelto de una oscuridad perpetua. Las constantes tormentas asolan su superficie. Es posible que llueva en el PSO J318.5-22, pero en tal caso, no llovería agua. Es más probable que sus negros cielos desaten precipitaciones de hierro fundido.

Puede que nos cueste imaginar un planeta en el que llueve metal líquido en la oscuridad, pero los planetas interestelares no son ciencia ficción. No los hemos imaginado ni los hemos soñado. Los astrofísicos como yo los hemos encontrado. Son lugares reales que existen en nuestros mapas celestiales. Puede que tan solo en la Vía Láctea existan billones de exoplanetas —planetas que orbitan alrededor de estrellas que no son el Sol— más convencionales que andan dando vueltas alrededor de los cientos de miles de millones de estrellas que habitan nuestra galaxia, pero entre todo ese orden perfecto y casi infinito, en el vacío que se extiende entre un sinfín de estira y afloja, también están los planetas perdidos, los interestelares. Y el PSO J318.5-22 es tan real como la propia Tierra.

Hubo días en los que me despertaba y no veía gran diferencia entre estar allí y aquí.

Una mañana, lo único que me convenció para levantarme de la cama fue la risa lejana de mis hijos. Max tenía ocho años y Alex, seis. Estaban mirando por la ventana con las caras radiantes de alegría. Era un fin de semana de enero; el cielo estaba azul y un fino manto de nieve lo había cubierto todo por la noche. Por fin, un rayo de luz: podríamos salir y tirarnos en trineo, uno de los pasatiempos favoritos de nuestra familia. Tras un desayuno rápido, Max y Alex se pusieron la ropa para ir a la nieve, metimos sus trineos de plástico en el coche e iniciamos el breve trayecto que nos llevaría hasta la cima de la montaña de Nashawtuc.

Este lugar es un punto de encuentro muy popular en Concord, Massachusetts. La ladera es lo suficientemente empinada y rápida como para divertir también a los adultos, y por eso a veces se llena de gente. Pero esa mañana estaba tranquila, no había nieve suficiente como para tirarse en trineo, y la hierba alta y las malas hierbas asomaban entre la poca nieve que había. Traté de fingir, por alegrar a los niños, que aun así sería divertido, pero ni yo misma me lo creía. Me había pasado toda mi vida buscando luces en la oscuridad, y ahora solo veía la negrura que nos envolvía. Pero ya que habíamos hecho el viaje hasta la cima, ¿por qué no intentar llegar hasta abajo?

En la cima había otras dos mujeres, madres que hablaban y se reían mientras sus hijos jugaban. Eran hermosas e iban tan arregladas que sentí celos. Las miré fríamente. Pensé: “¿Quién se levanta un domingo y decide maquillarse así?”. Parecían sacadas de un folleto que anuncia felicidad.

Max era lo bastante corpulento como para llegar a los pies de la montaña. Incluso si se topaba con los hierbajos, su masa y la velocidad lo ayudarían a atravesarlas. Pero la física no acompañaba tanto a Alex. Se atascaba una y otra vez, y tras intentar tirarse unas cuantas veces, terminó dándose por vencido. Para colmo de males, tenía que ver cómo su hermano bajaba como un rayo, y no lo pudo soportar: se quedó sentado, en medio de la ladera, haciendo pucheros. No lloró, pero se estiró en plena bajada y se negaba a moverse: si él no se divertía, los demás, tampoco.

Una de las madres me llamó la atención y me pidió si podía apartarlo. Estaba en medio y le preocupaba que pudiera hacerse daño. Entendía por qué tenía que mover al niño, pero también estaba agotada y mis planes se habían ido al garete. No estaba de humor para recibir órdenes de alguien como aquella mujer tan atractiva. De hecho, no estaba de humor para recibir órdenes de nadie. La miré fijamente y negué con la cabeza.

Me lo pidió de nuevo.

“No —dije—. Tiene un problema.”

La mujer sonrió y puede que incluso riera un poco.

“Ah, vale —dijo—. Pero es que...”

La ignoré.

“Es que la ladera...”

“TIENE UN PROBLEMA. MI MARIDO HA MUERTO.”

Cuando las feas garras del duelo te tienen atrapada, repeles a la mayoría de los que te rodean. Nadie sabe qué decir o cómo comportarse en tu presencia. Lo que representas asusta a todos y supongo que, en cierto modo, aprendes a querer que así sea. La distancia que guardan es una muestra de respeto: tu dolor justifica que todos te eviten. Y llegas a ansiar esa capacidad de influir en los movimientos de los demás; el desconsuelo es tu poder sobrehumano, y la tristeza, tu rasgo más extraordinario. Llega un momento en el que ansías ese espacio.

Pensé que aquella mujer se estremecería, que recularía, pero entonces hizo algo de lo más extraño: sonrió y le brillaron los ojos. Se convirtió en un horno que irradiaba calor.

“El mío también”, afirmó.

Me quedé de piedra. Creo que le pregunté cuándo había enviudado. “Hace cinco años”, dijo. Yo solo llevaba seis meses. “Ya no se acuerda de lo que se siente —pensé—, cómo se atreve a reírse de mí.”

Me sobrevino la urgencia de salir corriendo, de volver a meterme en la cama, bajo el azote de mis propias tormentas de hierro fundido, pero Max seguía divirtiéndose en la montaña. Es en momentos como esos, cuando te sientes partida por la mitad, cuando te das cuenta de lo sola que estás. Debes encontrar soluciones para problemas irresolubles. Decidí que volvería con los niños a casa, cogeríamos el iPad para Alex y volveríamos. Alex podría quedarse en el coche y jugar, y Max podría seguir tirándose con el trineo. Con un poco de suerte, cuando volviéramos la otra viuda ya se habría ido.

Pero no, allí seguía. Conocer a gente nueva y atractiva no me resultaba fácil en las mejores circunstancias, y en aquel caso estaban lejos de ser óptimas. No tenía ni idea de cómo actuar. Traté de quedarme lejos, de resultar todavía más repulsiva de lo que me sentía. No funcionó. Se estaba acercando. Qué bochorno. ¿Es que no sabía leer el cartel que llevaba colgado del cuello? ¿No podía dejarme en paz? Esta vez, sin embargo, había algo distinto en su forma de acercarse. Medía sus movimientos, como si no quisiera asustarme. Todavía sonreía, solo que un poco menos.

Llevaba un papel en la mano en el que había escrito su nombre, Melissa, y su número de teléfono. Dijo que en Concord había un grupo de viudas de nuestra edad. Hablaba de ellas como si se tratara de una macabra *troupe* de acróbatas, como si su nombre debiera ir en mayúsculas: las Viudas de Concord. Dijo que cinco de ellas se acababan de reunir por primera vez para acompañarse en sus nuevas realidades, en sus nuevos papeles de mujeres abandonadas. Que tal vez debería unirme a ellas la próxima vez que se reunieran. Entonces sonrió con esa cálida sonrisa suya y volvió con su amiga.

Yo sería la sexta. De pie en la cima de la montaña, calculé las probabilidades. Que hubiera tantas viudas en un municipio tan pequeño —la población de Concord no llega a los veinte mil habitantes— parecía enormemente improbable. Y así se lo dije a Melissa: “Eso es estadísticamente imposible”. Entonces me acordé del verano pasado, cuando había llamado al campamento de Max y Alex para advertir al director de que su padre se estaba muriendo. El director dijo que no me preocupara. “Estamos acostumbrados”, aseguró. En aquel momento me sorprendió su respuesta, pero ahora lo entendía. En Concord había demasiados niños sin padre, faltos de una de sus dos anclas.

Me guardé el número de Melissa en el bolsillo del abrigo. Un día tras otro, lo sacaba y lo miraba para asegurarme de que era real. Me aterraba perderlo, pero, por otro lado, me daba demasiado miedo llamar. Jamás había conocido a nadie como yo; ¿por qué iba a hacerlo ahora que me había vuelto todavía más atípica? Tampoco quería descubrir que, en realidad, las demás viudas no eran como yo. Unos meses antes había llamado a un número que había visto en un anuncio de un grupo de viudas en el periódico local, pero la mujer que cogió el teléfono me rechazó porque el grupo era para viudas mayores, no para viudas jóvenes. Me había hecho sentir como un bicho raro. Cuando estás inmersa en esa terrible tristeza, cuesta imaginar que alguien en el mundo sabe cómo te sientes. Y, sin embargo, ahí estaba ese pequeño ejército de mujeres en mi pueblecito, unas mujeres que, de alguna manera, sabían exactamente por lo que estaba pasando porque ellas estaban pasando por lo mismo. Cuando sacaba ese pedazo de papel, sentía como si fuera la última cerilla que me quedaba por encender en plena tormenta.

Tardé casi una semana en reunir el valor de llamar a Melissa. Para entonces, el papel ya estaba casi deshecho.

Sonó el teléfono y Melissa cogió el teléfono. Me preguntó cómo estaba. Ya casi nadie se atrevía a preguntármelo, y no supe cómo contestar.

“Bien —dije—. Mal.”

Dijo que las Viudas de Concord iban a celebrar una fiesta pronto. Preguntó si me apetecería ir.

“Sí —respondí—, me gustaría mucho. ¿Cuándo es?”

Hubo una pequeña pausa.

“En San Valentín”».

Para más información:

Paloma Córdón
934 928 633 - 699629430
pcordon@planeta.es

Guillem Duran
934 928 442
especializadas@colaborador.planeta.es